

EL CASO DEL CABO "ALFA"

LIONEL R. DE LA SERNA

*"Aunque tuviera el don de curar y conociera toda la ciencia,
si me falta el Amor, nada soy."*

(Cfr. San Pablo, I Cor. XII 9,2)

Nos encontrábamos de pase en la Base Naval de Puerto Belgrano, prestando servicios en su hospital.

Había finalizado el mes de octubre, pasado nuestro signo de Libra, y estábamos transitando en el Zodíaco, los 30 grados, que le corresponden al de Escorpio.

Era el 1° de noviembre de 1960, Día de Todos los Santos. Había amanecido apacible, radiante, con energía primaveral. La Base estaba en su esplendor. La arboleda natural, con su verde intenso brillante y los campos agrestes matizados por esporádicas flores silvestres. Esa monotonía era interrumpida, por momentos, por una estampida de mariposas de múltiples colores, o como el dibujar, a la carbonilla, en el pizarrón celeste del cielo, el raudo vuelo de una bandada de negras golondrinas.

Que privilegio poder gozar de la naturaleza y a la vez cumplir con los deberes obligatorios.

Esa mañana, como siempre, el hospital estuvo muy concurrido. Llegó la tarde, y luego de la siesta ritual, invitaba el momento a recorrer espacios libres, a salir del Gran Hotel, estilo Tudor, esa masa de cemento, de antigua y pesada arquitectura, como queriendo competir, pese a la distancia, con aquella fortaleza histórica que fue el Alcázar de Toledo.

Y así, como siempre, en nuestro paseo cotidiano con Eder y los chicos, llegábamos como último fondeadero al Campo de Golf, luego de hacer la recorrida tradicional por la zona reservada. Allí donde estaba reunida, como deliberando, nuestra Flota, pasábamos con el coche, vidrios bajos, como si fuera una revista naval, por el muelle del portaaviones, por el de cruceros, el de los destructores, por el fondeadero de los buques menores, y hasta nos permitíamos observar la panza colorada de algún buque en reparaciones, enclaustrado en el inmenso dique que oficiaba de quirófano.

Qué sensación de potencia ofrecían los perfiles plúmbeos de esos buques que ahora estaban meditando. Luego los campos de polo y el concurrido club de equitación. Seguíamos nuestra ruta. Qué tranquilidad espiritual nos regalaba ese lugar, tan cuidadosamen-

El capitán de navío odontólogo (R) Lionel R. de la Serna fue inspector de Odontología de la Dirección de Sanidad Naval (marzo 1973 a marzo 1978). Delegado representante de las FF.AA. a los Congresos Internacionales de Odontología; Ciudad de Helsinki (Finlandia), julio de 1961; Ciudad de Colonia (República Federal Alemana), julio de 1962; Ciudad de Atenas (Grecia), septiembre 1976; Jefe de Ceremonial del viaje de Instrucción del buque escuela ARA Bahía Thetis, 1959; Secretario del H.N.P.B., 1967; Secretario del H.N.R.S., 1969; Secretario del Hospital Policial Bartolomé Churruca, 1955 a 1958; Jefe del Servicio Odontológico de la Presidencia de la Nación; Oficial de Casa Militar, 1955 a 1958; Miembro Honorario de la Sociedad Argentina de Cirugía y Traumatología Bucodentofacial, 1979; Fellow of the "International College of Dentist" 1981; Profesor Titular de la Cátedra de Cirugía Dento-Maxilar de la Facultad de Odontología de la U.B.A., 1980 a 1984; Decano de la Facultad de Odontología de la Universidad de Buenos Aires, abril de 1979 a marzo de 1984. Condecoraciones: Medalla de cobre. Fuerza Naval Chilena. Ushuaia, 25 de noviembre de 1975. "Honra Ao Mérito". Profesor Abelardo De Brito. Río Janeiro (Brasil), 15 de julio 1977. Fellow of International College of Dentist, 14 de noviembre de 1981.



BOLETÍN DEL CENTRO NAVAL

Número 810

Enero/abril de 2005

Recibido: 26.2.2002

te mantenido, matizado por agrupaciones de pinos que perfumaban el entorno, con el aroma natural que emanaba de sus piñas, algunas esparcidas por el suelo. Qué sensación serena ofrecía en el medio del campo de golf aquella pequeña laguna, en donde patos silvestres navegaban despaciosamente. Esto nos llevaba a pensar en el impactante ballet, del genio de Chaikovski, El lago de los cisnes.

Y luego, al caer del crepúsculo, cuando el ambiente se pone triston, cuando el sol declina en el ocaso y esa bola de fuego en lontananza parece que pretende sumergirse en el mar que nos circunda, como queriendo tomar un baño de refresco, en el momento que la multitud de pájaros lugareños van tomando refugio en sus posadas, comprendíamos que se acercaba la hora del regreso para volver a la realidad social.

Luego..., la rutina de siempre. El baño de todos, y a prepararse para la cena en el amplio comedor.

Finalmente una tertulia, casi hasta la medianoche, en el cómodo living de altas paredes tapizadas por óleos marinos, que lucían como condecoraciones, y aquel piano negro de cola, abandonado en un rincón, que estaba como un adorno más, esperando sin comprender la ausencia de ágiles dedos que acariciarán sus amarillentas y ancianas teclas de marfil.

Como etapa final, el refugio en nuestro departamento. Hacer con mi querida Eder los comentarios del día, higienizarme pulcramente los dientes, como se aconseja, enfundarnos en el pijama y entregarme, con el decir tan popular, en los brazos de Morfeo.

Y así, pensando en nuestros queridos familiares lejanos, luego del rezo de las oraciones, se empiezan a desconectar las neuronas, a retraerse los polos dendríticos, a desaparecer las conexiones químicas de la dopamina y la acetilcolina que nos mantienen en vigilia, para ir entrando suavemente en el sueño onírico, tan reparador y tan necesario.

Y entonces..., debo haber entrado en otra etapa, en el maravilloso mundo de los sueños, en donde se suceden figuras cambiantes, como eran las figuras del infantil calidoscopio de aquellos lejanos años de la niñez.

Y así placidamente estábamos... De repente, de manera intempestiva, sonó el teléfono que estaba sobre la mesa de luz, a mi lado.

Me desperté sobresaltado. Por lo general toda llamada a nocturnas horas puede traer noticias imprevistas.

— ¿Hablo con el departamento del doctor de la Serna? Habla el suboficial Jiménez, de la Guardia Militar del hospital. Por indicación del médico de guardia, señor capitán Copes, que se encuentra en el quirófano, me pidió le informara que requiere su presencia para la atención de un cabo, que ha sufrido un grave accidente.

Sacudí la cabeza, salí del asombro y le dije:

— Suboficial, salgo inmediatamente para el hospital.

— Mire señor, ya le estoy mandando la ambulancia, que lo va a esperar en la puerta de entrada del hotel.

— Gracias suboficial, hágale comunicar al doctor Copes que concurriré de inmediato...

Efectivamente, en rápida actitud de concripto, abandoné el reposario, me higienicé rápidamente, y en escasos minutos salía por los pasillos deshabitados del hotel hacía la puerta principal.

Previamente me había despedido de Eder, que todavía se encontraba en actitud somnolienta.

Llegamos con la ambulancia al hospital, controlé la hora, las 02:45 de la madrugada del

2 de noviembre. Había quedado atrás aquel día esplendoroso, el de Todos los Santos, para comenzar el de Todos los Muertos.

En la sala del lavabo, la enfermera me alcanzó el atuendo quirúrgico. Prestamente me cambié, hube de continuar con el riguroso ritual del lavado de antebrazos y manos, y calzándome el camisolín y los guantes, me abrieron la puerta para penetrar en el amplio quirófano, verdadero santuario, al que uno entra con respetuosidad mística.

Sobre la camilla de operaciones, el cuerpo inerte de una persona, cubierto completamente por las compresas.

La lámpara scialfítica iluminaba un cuadro que nos es conocido. Alrededor de la camilla, el cirujano a la derecha, un ayudante en el opuesto, a la cabecera el anestesista, dos enfermeros atentos a cualquier requerimiento, y al comando de la mesa de Finochietto, con todo un arsenal de instrumentos, la instrumentista de turno, todos enfundados en sus gorros, sus barbijos, sus delantales, sus pantalones y sus botas quirúrgicas, como queriéndose aislarse del cosmos que los rodea o como si estuvieran ya en la guerra bacteriológica o tal vez en la atómica.

Entré decidido.

— Buenas Noches. — dije— Permiso doctor Copes para entrar al quirófano. Es una fórmula antigua pero respetuosa, que ya se ha dejado de lado.

El capitán de corbeta médico, doctor Roberto Cristóbal Copes, excelente neurocirujano, levantó la cabeza. En la franja visible de su cara vi sus ojos penetrantes que, cerrándolos a forma de guiño, me dio la bienvenida, al tiempo que me decía:

— Doctor de la Serna...Tenemos una noche para hamacarnos. Este cabo ha sufrido un gravísimo accidente. Con su moto ha embestido un camión parado en Punta Alta, a la salida de un asado, bastante alcoholizado y el impacto lo soportó fundamentalmente con el macizo facial, del lado izquierdo. Imagínese la gravedad de las heridas. Le pido me ayude en esta toilette del lóbulo frontal que estamos terminando, y luego será un gusto ayudarlo en toda la reparación facial.

Me coloqué a su izquierda.

Las compresas quirúrgicas cubrían toda la cara de paciente, únicamente estaba a la vista la zona frontal izquierda, en donde podíamos observar la pérdida de sustancia ósea que partiendo de la cola de la ceja corría en forma vertical hacia arriba unos tres centímetros por dos de ancho, en cuya lodge se observaba la masa encefálica, que había perdido las meninges. Se lavó con abundante solución fisiológica tibia para su limpieza, se inspeccionó que no hubiera quedado ninguna esquirla, y luego se dejó una cura plana, no compresiva, con spongostan, para favorecer la coagulación.

— Bueno doctor, ha llegado su turno —me dijo el doctor Copes, socarronamente.

Cambiamos de posiciones. Pasé de la izquierda a la derecha, sin transitar por el centro, como podría haber sido un cambio formal de ideologías políticas. Se hizo un silencio de expectativa, y entonces enérgicamente retiró el sudario que cubría el rostro del cabo "Alfa". Fue la revelación de un estado apocalíptico.

Era el Infierno del Dante. La Gehena de Belzebú. Realmente sufrí un colapso. Todo era destrucción. Todo espantoso. Terrorífico.

La zona facial izquierda estaba desplazada por el gravísimo impacto, la cara elongada, el ojo caído dentro de la órbita, el malarrundido y así, descendiendo en posición, el maxilar superior e inferior con pérdida de los dientes anteriores, con fractura del paladar, que comunicaba la cavidad bucal con su altillo, las fosas nasales.

El maxilar inferior, en la zona del mentón, prácticamente había desaparecido, era un magma de mezcla triturada, de hueso compacto y esponjoso entremezclado con dientes, algunos fracturados. Las partes blandas de la zona, contundidas e incisas, sangraban difusamente en napa, de poca intensidad.

La lengua, al haber perdido el sustento fijo anterior, por pérdida total de las apófisis geni, del maxilar inferior, caía hacia atrás, también por la posición decúbito dorsal, y obstruía las vías aéreas superiores, a la altura de la faringe. Por ello, de entrada, se lo había entubado con la sonda de Mayo.

Ante esta grave contingencia, y ya en acción programada, efectuamos una traqueotomía para mantener mejor aireación pulmonar, además del carácter preventivo y profiláctico.

Quedó así, en forma permanente, la cánula de Crishauer.

Con alambre de acero inoxidable, precariamente tratamos de mantener en posición grandes trozos de hueso desprendidos, en el maxilar inferior, a la altura del agujero mentoniano. Esta fractura a la derecha seguramente se produjo por contragolpe.

Metodológicamente había que comenzar por acondicionar el sistema óseo, y esa prioridad se dio, pues por suerte no existía una hemorragia de vasos importantes, que hubiera sido tema prioritario.

Con los trocitos de hueso rescatados del magma mentoniano, usando además el hueso frontal, que había extraído el doctor Copes, fuimos reconstruyendo, como un puente colgante y movedizo, el mentón.

Acondicionado transitoriamente el complejo óseo, que da sustento anatómico a la masa muscular de los músculos cutáneos, mímicos o artísticos, nos dedicamos a tratar todas las heridas contusas e incisas, con finas y delicadas agujas atraumáticas e hilo de nylon doble cero.

En realidad, metafóricamente, zurcimos el mentón y aledaños, como lo hacía mamá con nuestras medias infantiles, sirviéndole de apoyo aquel huevo de madera que a veces le escamoteábamos.

Ya más repuesto del choque emocional, que al principio casi me paraliza, comencé a pensar que prácticamente estábamos maquillando a la muerte; le estábamos haciendo su cosmética.

Tampoco podíamos descuidar su estado general, dejar de tener en cuenta los parámetros esenciales que condicionan la vida. Todas las fundamentales funciones.

El cabo "Alfa" estaba sumido en un profundo shock traumático, del que dependía su vida. Paulatinamente a medida que transcurría el tiempo y más se edematizaba la masa encefálica, se profundizaba este amenazante shock. Se iba bajando la presión sistólica, la que el internista y el anestesista trataban de mantener con adecuada medicación vaso constrictora.

Esto nos obligaba a luchar contra reloj, a terminar con las maniobras, que a pesar de la delicadeza sólo contribuían a exacerbar el trauma. La anestesia adecuada para el caso estaba mantenida a planos superficiales, considerando también la ingesta de alcohol.

Cada diez minutos se cantaba la presión, que iba descendiendo paulatinamente. Era una letanía que hubiéramos querido no escuchar, pero lamentablemente muy necesaria.

Temíamos que cayera en un shock irreversible.

Y allí pude comprender qué era la vida biológica: “La vida es un conjunto de funciones que resisten a la muerte”.

Ya terminábamos, le lavamos con cariño el rostro y lo observamos. Ya no parecía tan terrible. Prácticamente se habían apagado los fuegos sulfurados de ese infierno.

Rápidamente fue retirado por enfermeros expertos, que lo llevaron a la Sala de Recuperación.

Agradecemos a todo el equipo la amplia colaboración prestada y con lentitud nos retiramos del amplio quirófano con el doctor Copes.

Se había apagado la pesada y antigua lámpara scialítica y el silencio nos acompañaba.

Hemos podido observar la respetuosidad que todos denotamos traducido a silencio, voz baja y hasta la mirada más complaciente. Es que inconscientemente, olfateamos el rondar de la muerte.

Con Copes, luego de sacarnos los guantes, el barbijo, el gorro, nos dirigimos al despacho del Jefe de Cirugía, que está en el primer piso, cerca del quirófano.

Mientras saboreábamos un humeante café, comentábamos lo delicado del caso, con pronóstico nada promisorio. Es que el cabo “Alfa” estaba en coma de relativa profundidad, clínicamente podíamos aventurar que no existía una hemorragia de la meníngea media o de alguna rama arterial de la carótida interna, pero sí, no dudábamos había una gran edematización cerebral.

Estábamos en esas disquisiciones, cuando el suboficial de Guardia Militar trajo el parte, que había ingresado un abdomen agudo, y requerían la presencia del doctor Copes que era el médico de guardia interna.

Me quedé solo en el despacho. Abrí las ventanas que dan al exterior. Ya amanecía, eran las 05:45. Por el levante salía el sol tangencialmente, y el alba se batía en retirada. Los amplios jardines que bordean al hospital comenzaron a abrir sus flores, los pájaros atronaban con sus trinos. Y allí abajo, no alejada de la ventana, cantó la calandria.

Me encerré en mis pensamientos. Quise, como si la conociera, reconstruir la vida del cabo “Alfa”. Todavía no sabía siquiera su nombre de pila. Pensé en lo inmediato. En la noche de Todos los Santos, habría concurrido tal vez con sus amigos, lleno de alegría y de perspectivas, a un asado familiar. Allí entre anécdotas, cuentos que cada provinciano tiene en su cuenta, debe haber pasado una noche agradable, festejando con libaciones etílicas, que lo obnubilaban, y así entre abrazos no requeridos y risotadas incontroladas, debe haber tomado su moto, para hacerse presente en el destino, en donde prestaba servicios.

Pero no llegó. Su suerte le hizo una mala jugada. Sólo habría recorrido algunas cuerdas cuando, inconscientemente, debió haberse llevado por delante un camión parado, nada menos que con su cara, que actuó como si fuera la carrocería de su compañera, aquella moto querida.

Sólo debe haber registrado el “crac” grave, seco, profundo, onomatopéyico, del golpear de su cabeza con la mole impávida de ese monstruo detenido.

Y después... después, el vacío de la nada... Ya había pasado la medianoche. Venía caminando lentamente el día de Todos los Muertos...

Estaba sumido en esas disquisiciones personales cuando el suboficial Jiménez me hizo volver a la realidad.

— Señor, le traigo la ficha personal del cabo Domingo Faustino, que presta servicios en el crucero *General Belgrano*. Ya se han efectuado las comunicaciones reglamentarias al destino. Me pidió el doctor Copes le dijera que dentro de un rato estará con usted para confeccionar la historia clínica.

Tomé la ficha militar del cabo artillero Domingo Faustino "Alfa", agradecí al suboficial Jiménez, y con avidez me fui enterando que era soltero, de 25 años, sanjuanino, nacido en el Departamento de Jáchal, hijo único, padre fallecido, estudios primarios terminados, reclutamiento militar en la Isla Martín García. Había efectuado el curso para cabo en la Escuela Mecánica de la Armada, con orientación Artillería. Sus datos de filiación, piel trigueña, ojos negros, medianos, nariz recta, talla, 1,73 m. Señas particulares, ninguna.

Pasó un rato... Llegó el doctor Copes, y mucho tiempo nos llevó llenar toda la historia clínica, describir el acto operatorio minuciosamente y dejar consignada toda la terapéutica.

Cuando terminamos, ya el hospital tomaba las características del colmenar de siempre. Gente por todos lados, profesionales, personal asignado y pacientes le daban su característica habitual. Esperamos la llegada del director, y con el doctor Copes lo pusimos en antecedentes. Nos pidió que lo acompañáramos hasta la Sala de Recuperación. Allí estaba "Alfa", al que se le estaba pasando suero en forma permanente. El control de sus signos vitales era continuo y se anotaba en una tablilla, que estaba a la cabecera de su cama ortopédica, en posición semisentado. De a ratos se le ponía la carpa de oxígeno. La presión ahora se mantenía, como queriendo salir de ese intenso shock traumático. "Alfa" estaba correctamente atendido.

Así pasaba el tiempo, lo visitaba dos o tres veces por día. Observaba las indicaciones de los distintos especialistas cuya participación habíamos requerido y controlaba su cumplimiento, hasta que pasados cinco días, fue paulatinamente saliendo del coma estuporoso y profundo que nos obligó a cambiar nuestro pronóstico. Ya teníamos muy buenas esperanzas.

Los signos vitales fueron creciendo rápidamente, como plantitas de almácigo de invernadero. Conocía, empezó a caminar, superó todos los test cognitivos adecuados para su estado.

Y ahora nos tocaba vivir el segundo tiempo de este partido tan complicado.

Armar, como si fuera un rompecabezas, aquello que el destino había desarmado.

Estábamos perfectamente mentalizados de todos los requerimientos, de toda la complicada aparatología externa e interna que sería necesaria y con la que no se contaba en el hospital y eso, debemos decirlo, nos quitaba el sueño.

Fuimos buscando en los libros clásicos, que por suerte conocíamos, las figuras de todo lo que había que construir, sobre todo en el famoso tratado de Kazanjian y Converse, *Tratamiento Quirúrgico de los Traumatismos de la Cara*, traducido al castellano por el eminente cirujano plástico doctor Héctor Marino, asesor en esta disciplina de nuestra Sanidad Naval.

Luego de determinar qué sería lo adecuado, resolvimos hacer construir el similar a la aparatología de Kingley.

Para ello recurrimos a los Talleres de la Base Naval de Puerto Belgrano, a la buena disposición de los ingenieros, a la de los capataces y la de los operarios que hicieron el milagro.

Efectivamente superaron lo imaginable; y en el perentorio tiempo de diez días nos entregaron todo lo necesario para comenzar la reconstrucción. Era una aparatología de alta precisión.

Atrás habían quedado las visitas diarias a los Talleres, para verificar el avance de este sofisticado aparato.

En la tarde del 25 de noviembre nos entregaron el Kingley, altamente superado, como tensor externo. Ya teníamos toda la aparatología interna que debíamos instalar en la cavidad bucal del cabo "Alfa". Éstos fueron realizados en el Taller de Prótesis, de nuestro Departamento de Odontología, con exactitud de relojero.

El 26, bien temprano, llegamos al hospital. Habíamos dormido mal por la inquietud que nos provocaba la instalación de los mismos, pero fundamentalmente por la tolerancia que podría tener el cabo "Alfa" a aceptarlos.

Con suma delicadeza, y algún temor, comenzamos la instalación de la base del aparato al casquete de yeso, que el técnico traumatólogo nos ayudó a fijar. Luego de la larga espera para que las vendas de yeso fraguaran, continuamos con el tiempo más quirúrgico, colocar los finos alambres de acero inoxidable transyugales, ajustar los tensores de manera conveniente, y bloquear en oclusión definitiva su sistema dentario.

Realmente toda una herejía, toda una tortura, con la metódica duda cartesiana de que "Alfa" lo tolerara.

Los primeros sorprendidos por el aspecto que tenía fuimos nosotros. Su figura era de un extraterrestre marciano.

Esos tensores alámbricos, el firme casquete de yeso y toda la arquitectura del aparato lo habían transformado en un robot, que caminaba y nos miraba fijamente, a través de sus pupilas dilatadas.

Y esa transformación estructural de un hombre común a un hombre estereotipado no le debe haber resultado tan mal a este congénere, pues lo soportó de entrada, y hasta podría pensarse maliciosamente que en su yo íntimo debió sentirse un ser superior.

También podríamos llegar a pensar que esta figura extraña, semejante a un ser viviente, podría haber inspirado a ese gran director de la cinematografía mundial, al maestro del celuloide, Steven Spielberg, en su celebrada obra cumbre "E. T.", que conmovió a grandes y chicos. Es que a esta figura nuestra, a nuestro "E. T.", sólo le faltaba la bicicleta y la compañía de los niños, volando sobre las dunas onduladas de Puerto Belgrano.

Y eso fue así. Dos días después "Alfa" fue autorizado a tomar sol, a deleitarse con las flores del gran parque interior del hospital, a gozar del aljibe andaluz que decorativamente estaba en su centro, a observar la amplia arboleda de eucaliptos y de pinos, que depuraban el ambiente, a contemplar el suave volar de los pájaros o a fijar su vista en alguna atrevida mariposa de múltiples colores que estaba zapateando sobre la alfombra amarillenta de polen de una delicada margarita. Y que además de gozar de toda esa armonía, chicos y grandes se le acercaban, algunos menores, al principio tímidamente y después muchos le conversaban y tantos le deseaban buena suerte, que lo hacían sentir halagado.

Todo este cúmulo de emociones lo fueron transformando, le fueron cambiando su yo congénito y fue incorporando un gradiente de disimulada soberbia, que hasta lo hacía caminar diferente. Él no rechazaba esta contemplación, al contrario, lo entretenía y lo agrandaba.

Se había hecho amigo de muchos chicos, como el "E. T." de la futura película. Con el correr del tiempo ya tenía su clientela propia.

Todos los días, como si fuera una obligación en la que no debía marcar tarjeta, se ubica-

ba en la hipotética vidriera de cristal y se constituía en el epicentro de su querido territorio. Todo esto para nuestro cabo "Alfa" fue altamente positivo.

Nuestras íntimas conversaciones, las sesiones espaciadas de una terapéutica psicológica, conducida por una licenciada especializada, pero fundamentalmente todo su entorno, le fueron beneficios para la recuperación integral de este ser que se había convertido en personaje.

Luego de cuarenta y seis días, con este andamiaje a cuestas, luego de ir armando lo fácticamente desarmado, se había llegado casi a la perfección. Entonces decidimos retirar toda la aparatología.

Qué sensación de alivio debe haber experimentado "Alfa" al retirarle todo ese armatoste que casi lo transformaba en el hombre de la máscara de hierro. Ya no necesitaba introducir debajo del yeso aquella fina aguja de tejer para rascarse el cuero cabelludo, por el picor que por momentos lo atormentaba.

Y ahora la lengua, ese órgano muscular de movilidad gimnástica, que colabora en la articulación de la palabra, expresión representativa del pensamiento cerebral, había quedado en libertad plena, había dejado su arresto domiciliario con prohibición de asomarse al balcón. Ya podía colaborar sin restricciones con el decir poético que tiene el amor o estar presente en proferir blasfemias, que sólo sirven para descalificar al hombre.

Paulatinamente, toda la expresión de su cara volvió a lo de antes. Sus músculos faciales, mímicos o artísticos volvieron a trasuntar a través de sus fibras las expresiones más delicadas y expresivas del subconsciente.

Es cierto, había pasado cuarenta y seis largos días con su armadura medieval en su cara, y como nuevo caballero, ostentaba como condecoración de batalla el hundimiento de su fractura frontal izquierda y el descenso casi invisible del globo ocular de ese mismo lado.

Todas estas anomalías y otras de la cavidad bucal, las iríamos corrigiendo una tras otra.

El cabo artillero "Alfa" estaba liberado, diríamos aliviado, de la pesada carga con la que había convivido, pero en el fondo algo espiritual empañaba este momento, ya era un ser como todos, los chicos que lo seguían se fueron perdiendo paulatinamente, y llegó sólo a constituirse en un paciente más, en vías de su recuperación total, que deambulaba por el hospital, sin pena ni gloria.

Para darle una ocupación, ya que debía permanecer durante algún tiempo, el necesario, para ir retocando todos los defectos, se resolvió asignarlo a un Servicio, y se eligió el de Hemoterapia, en donde colaboraba en el mantenimiento de la limpieza, acomodaba los tubos de ensayo, las cápsulas de Petri, acondicionaba el archivo y también hacía las funciones de un buen y eficaz cafetero.

Se adaptó rápidamente al Servicio y cada día se mostraba más contento.

Por licencia higiénica, se le permitió salir a Punta Alta, en días estipulados, a su solicitud y fuera de las horas del servicio.

Recibía correspondencia de su familia directa, que vivía en los alrededores del Departamento de Jáchal, en la cuyana provincia de San Juan. Era bastante perezoso para contestar, debíamos insistirle para que lo hiciera.

Cuando sufrió el trágico accidente, aquella madrugada del 2 de noviembre, a su familia, de acuerdo con la reglamentación, por el detall del hospital, se le envió al día siguiente

un telegrama urgente poniéndolas en conocimiento del hecho, manifestando la gravedad y con el compromiso de mantenerlos informados.

Cinco o seis días después, cuando el pronóstico reservado dejó de tener vigencia, se envió un segundo telegrama, donde se comunicaba la salida del estado de gravedad.

Con ese motivo, tuvimos comunicación que su primo hermano, por parte de padre, viajaría en días próximos a Puerto Belgrano para visitarlo en nombre de toda la familia.

El 20 de noviembre llegó su primo, que se iba a quedar solamente dos o tres días.

Como el cabo, estaba alojado en la sección de Suboficiales, solo en un camarote, por disposición de la Dirección se permitió que durante esos días compartiera ese cuarto.

Mucha fue la alegría del cabo al recibir esta visita.

En cuanto llegó, a solas, en el escritorio del Departamento de Odontología, lo pusimos en conocimiento de la gravedad del accidente, de todos los cuidados prodigados y de los distintos pasos estipulados para lograr su curación total.

Éstos por supuesto no eran pocos y además debían realizarse en momentos oportunos, por lo que su alta definitiva demandaría un tiempo prolongado.

El primo de "Alfa" tenía veintisiete años, era mayor que él, soltero y trabajaba en Jáchal, en la industria vitivinícola.

Sumamente conversador, algunas tardes se reunía con el cabo y caminaban por el parque.

En una de esas tardes, nos sentamos en un banco de plaza, y allí curiosamente lo indagamos, como queriendo bucear sus sentimientos. Realmente me resultaba muy agradable su entretenida charla.

Supe así, que había salido temprano, con su moto, a la que adoraba, por la Ruta Nacional N° 40, de Jáchal hasta San Juan, de norte a sur, para embarcarse en el Ferrocarril Belgrano que lo traía a la Capital. El recorrido no era nada corto, 157 kilómetros, pero con su moto, último modelo, en menos de dos horas llegó a la estación.

Me comentaba que la mañana era espléndida, y él avanzaba muy rápido, un poco contenido por el viento Zonda, el que prácticamente lo tenía de frente y tangencialmente chocaba en su casco protector y en sus amplias antiparras, y silbaba en sus oídos, como un susurro permanente. Esto lo energizaba, lo incitaba, a imprimir mayor velocidad, como queriendo competir con la naturaleza. Los postes de los alambrados pasaban con rapidez cinematográfica, a gran velocidad.

Pasó por zonas de chañares, ese arbusto de hojas pequeñas y con fruto de drupa comestible, de jarillas, Algarrobos y viñedos sembrados en espalderas, muchos kilómetros de uva turrón, que tanto conocía, y que sus racimos parecían explotar por la tensión de su jugo azucarado.

Y cuando llegó a la Central del Ferrocarril, en San Juan, dejó a la moto, su apreciada compañera, a buen resguardo.

Luego Buenos Aires, y en micro a Puerto Belgrano. Toda una travesía. Fue así como unió esa provincia cuyana, de altas cumbres al Oeste, cuna del gran Sarmiento, con ese reconocido emporio marino, Puerto Belgrano, ubicado en la planicie, bañadas sus costas por el Atlántico Sur y donde se admiran las proezas del Almirante Brown.

Los tres días que pasó con su primo fueron agradables, y se fueron en un periquete, según nos decía cuando se despidió. Ahora realizaría el camino inverso. El 23 a la noche se embarcó en el micro hacia la Capital.

Ya en San Juan, en la estación, recuperó su querida compañera, y a pesar que era de noche, resolvió emprender de inmediato el regreso.

La noche estaba apacible, más bien calurosa, el cielo límpido y estrellado, el Lucero, la Cruz del Sur, y las Tres Marías, en sus posiciones habituales. La luna en cuarto menguante acompañaba su derrotero. El Zonda no le ofrecía resistencia, al frente todo el camino, como para él solo. Imprimió la máxima velocidad a esa máquina infernal.

No se sabe cómo. Tal vez se obnubiló por cansancio, quizás entró en éxtasis contemplando imprudente ese cielo límpido, o escuchó el llamado de alguna estrella, lo cierto es que a pocos kilómetros de la capital sanjuanina, se llevó por delante un pesado camión, de vuelta encontrada.

Solo nuevamente, en esa noche tranquila, se escuchó un "crac" onomatopéyico de grave rotura, y de inmediato... la muerte.

"Grave accidente, ocurrió anoche en la Ruta Nacional N° 40 a Jáchal. Una moto embistió a un camión, a gran velocidad. Su conductor identificado como "Alfa", de 27 años, soltero, domiciliado en Jáchal, falleció instantáneamente"(sic).

Así consignaba el día 26 de noviembre el matutino *Diario de Cuyo*. La noticia llegó a la Base a fines de mes. Ya le habíamos colocado toda la aparatología a nuestro cabo "Alfa".

El día de la Virgen, el 8 de diciembre, le dimos la triste noticia. Previamente lo habíamos sedado convenientemente, sin que se diera cuenta. Igual, por unos días estuvo muy consternado. El impacto también había sido muy grande. Y fueron pasando los días.

En mi foja de Servicios de la Secretaría de Marina se pude leer a fs. 105. B.N.P. 167/61. (Boletín Naval Público 167/61). "Designado para prestar servicios en la Comisión Naval Argentina en Europa, en misión Transitoria, para asistir a la Reunión de la Comisión de los Servicios Odontológicos de las Fuerzas Armadas, a realizarse en Helsinki (Finlandia). Salió del país el 5/7/61. Regresó el 13 de agosto. Visitó centros quirúrgicos en Holanda. Suiza. Italia. España. Presentó informe."(sic).

Efectivamente, debí concurrir a ese importante Congreso Odontológico Mundial, de la Federación Odontológica Internacional, en donde en representación de los Servicios Odontológicos de nuestras FF.AA., presenté el trabajo: "Estudio y tratamiento del gran traumatizado craneo-encefálico-máximo-facial", tema oficial de ese Congreso Mundial.

Dentro de otros casos también incluimos el reciente del cabo "Alfa", que resultó de mucho interés.

Sin petulancia, creemos que dejamos a la Argentina bien reconocida.

Pero antes de partir, y para adelantarnos en el tiempo, efectuamos a nuestro cabo una profundización del surco labial inferior, allí donde habíamos construido ese puente colgante y movedizo, que para ese entonces tenía una consistencia pétreo, perfectamente consolidado, el mentón armoniosamente modelado.

Y esa profundización la efectuábamos para que la prótesis restauratriz tuviera correcto alojamiento. Efectuamos un injerto homólogo de piel, con la ayuda de ese excelente traumatólogo y amigo, el doctor Omar Vittori, que prendió asombrosamente bien. Es que todo lo que se le efectuaba tenía una respuesta biológica positiva. "Alfa" se prestaba a to-

do, existía entre nosotros un íntimo rapport, una verdadera díada, una vinculación entre sí, de estrecha interacción profesional-paciente.

Sólo faltaban detalles que podrían ser importantes, uno de ellos era la oquedad vertical frontal izquierda, ese hundimiento que denotaba el gran traumatismo. Le hicimos una mascarilla, que como todas sus cosas, salió perfecta. En el inerte y frío yeso París parecían conjugarse todas sus expresiones anímicas.

Sobre este clon inerte estudiamos la plástica de su relleno.

Debimos viajar a la Capital para comprar en la Casa Lutz Ferrando, que tenía la exclusividad, el Ivalon, sustancia sintética que corresponde a una esponja de alcohol polivinílico, de reciente inserción en el mercado, y que sirve para rellenar las pérdidas de sustancias, entre otras cosas. Siguiendo las indicaciones, le efectuamos la plástica. Como siempre, el resultado fue excelente.

Luego de tanto tratamiento, fuimos llegando al fin de la reparación. Quedaba aún por corregir la diplopia ocular, el ver doble, que sólo en ciertos movimientos oculares padecía nuestro paciente. Evidentemente, el ojo izquierdo había quedado unos milímetros más descendido, por la caída de la cápsula de Tennon y de la hamaca de Lookwood, elementos suspensorios del globo ocular.

Aprovechando la estadía circunstancial del doctor Héctor Marino, presentamos el caso a este maestro de la plástica que hizo honor a la ciencia argentina.

Me invitó a que lo ayudara en la intervención quirúrgica. Consistía en colocar un injerto de cartílago costal por debajo de la formación tendinosa suspensoria.

Aprovechando las líneas elásticas de la piel, las de Langer, en el surco palpebral inferior, dibuja con mano de artista la curva incisión, y a través de la misma colocó el injerto, convenientemente tallado, levantando el ojo en la medida necesaria.

El resultado, una maravilla. Cuando al día siguiente se le retiró el vendaje compresivo, no había derrame, no había edema, y "Alfa" veía sin dificultad en todos los movimientos oculares.

Esta última intervención se realizó en los primeros días de septiembre.

Me quedó la tarea de retirarle los puntos estéticos, que le había dejado el gran maestro, y esa misma tarde, cuando iba a retirarme, apareció el cabo "Alfa" con un envoltorio, era su radio portátil que tanto quería.

— Doctor de la Serna, quiero regalarle mi radio, como un recuerdo.

Me llamó la atención esta actitud. Por supuesto que no se la acepté, pese a su insistencia. Me dejó preocupado su proceder, pero no le encontré en ese momento real sentido.

Sabía nuestro paciente que en días más debía pasar por Junta Médica para su alta definitiva.

Poco tiempo le quedaba en el hospital. Continuaba prestando servicios en Hemoterapia.

Allí se había hecho gran amigo de la laboratorista, María Rosa, una joven morocha, atractiva, esbelta, de 24 años, de cabellos renegridos y ojos almendrados y brillantes, que realmente llamaba la atención. Creemos que se había enamorado perdidamente de esta muchacha pero, según nos enteramos, sus requerimientos amorosos no tuvieron respuesta. Ésta fue la realidad.

Transcurría la primera quincena de septiembre, el sol en su trayecto elíptico que describe alrededor de nuestro planeta recorría los 30 grados que corresponde a la constelación de Virgo. La Base volvía a estar hermosa, llena de flores, también las silvestres en los campos, los árboles y arbustos, con un verde intenso, y ya estaban retornando las mismas golondrinas.

Seguramente la pasión amorosa de nuestro amigo más y más se exacerbaba, su ritmo cardíaco galopaba, es que él también sentía bullir la primavera. En estas circunstancias, no podía resistir ese rechazo.

Y este joven apasionado, que un 2 de noviembre derrotó a la muerte en la pedana, no pudo resistir la negación del amor.

Seguro, ya había tomado una determinación fatal.

El 14 de septiembre de 1961, siendo las seis de la mañana, cuando ya había salido el Sol, esperó en las cercanías de la casa de María Rosa su salida. Bien sabía que minutos después de esa hora, un operario de los Talleres de la Base y su esposa, enfermera de Clínica Médica del hospital, pasaban diariamente a buscarla. Y así llegó el momento, cuando rápidamente María Rosa corrió hacia el coche, cuya puerta trasera estaba abierta, el cabo "Alfa" salió detrás del frondoso árbol y sin articular palabra, le disparó con un 22 corto, que recientemente había comprado. María Rosa ya iba a acomodarse en el asiento trasero, le estaba dando la espalda. La bala se incrustó en la cuarta vértebra lumbar, en el cuerpo de la misma. Ante la reacción del conductor que descendió munido de un hierro para repeler el sorpresivo ataque, disparó una vez más. El proyectil en su trayectoria rompió el vidrio de la ventanilla delantera, y ya muy amortiguado rozó el cuero cabelludo de la enfermera.

"Alfa", antes de enfrentarse con el operario, apoyándose en el árbol que tenía a su siniestra, se disparó la tercera bala de su 22, en la sien derecha.

Murió instantáneamente. Sólo debe haber escuchado el tétrico "crac" onomatopéyico de su fractura craneana y el contundir de su masa encefálica. Esta vez lo derrotó la muerte. Se tomó venganza. No le tuvo perdón.

Eran las 07.50 horas del 14 de septiembre. Llegamos al hospital y al transponer la Guardia Militar, el suboficial de turno, alborotado, me dijo: —Señor... Señor..., se mató "Alfa". Hace unos minutos lo trajeron de Punta Alta y está en la morgue.

Una conmoción invadió todo mi cuerpo.

Estacioné el coche, y a medida que iba avanzando hacia el Servicio de Odontología, distintas personas me decían lo mismo ¡Se mató "Alfa"!... ¡Se mató "Alfa"! Era una repetitiva letanía.

En el despacho del Jefe, que estaba ausente, permanecí callado un largo rato, triste y con rabia, realmente no podía ocultar mis sentimientos.

Subí al primer piso en donde están los quirófanos. Todo era actividad. Los cirujanos, los traumatólogos estaban atendiendo a María Rosa. El semiestallido de su cuarta vértebra lumbar no había afectado para nada la médula espinal, ni había compromiso de los nervios espinales periféricos. El pronóstico era muy bueno.

Por suerte, al mes y medio ya estaba haciendo recuperación.

La enfermera de clínica médica recibió una curación plana en el raspón de su cuero cabelludo, realmente un milagro.

El operario de Talleres, en donde se había fabricado el aparato para la atención del cabo "Alfa", fue asistido de su shock emocional, del que por suerte se recuperó rápidamente.

Y nosotros, a todos los que trabajamos poniendo la humildad de nuestra ciencia, a los Copes, a los de la Serna, a los Vittori, a los Marino, a los ingenieros, los capataces, los operarios, los que por él se interesaron, los chicos amigos que lo estimulaban, y tantos otros, tuvimos la impresión que nos hubieran tajeado la tela sobre la que pintábamos al óleo, o nos hubieran destrozado contra el suelo la escultura marmórea de una obra maestra.

Volví cabizbajo a mi territorio, a la soledad de mi consultorio, y allí estaba sobre la vitrina la mascarilla inerte del cabo Domingo Faustino "Alfa". La tomé entre mis manos y la contemplé, ya no tenía la oquedad en la frente, ya estaba todo reconstruido, y con bronca, con mucha bronca, la hice "crac", contra el suelo.

Hoy es 14 de agosto de 2001, han transcurrido 40 largos años de todo esto que parece un cuento. Nos encontramos en la última corrida de nuestra vida otoñal, y poco estamos haciendo a favor de alguien, como pudimos hacerlo en su momento con el caso del cabo "Alfa". Por eso, le dedico este ensayo de poesía a la "Dama del Alba", para que no se apresure, que no me sorprenda y me permita ser útil todavía.

A la Dama del Alba

*Ya anochece, y la penumbra invade.
Y mi mente otoñal recorre el día.
Poco hemos hecho, a favor de alguien,
Que nos compense y nos dé alegría.*

*Sin embargo, en lo recóndito del alma,
Un fino hilo de plata me estimula.
Es muy fino, muy brillante, muy egregio,
Pues de él solo depende ésta, mi vida.*

*Y así pasan las horas, los minutos.
Y la noche ya llega ennegrecida.
Sólo pienso en el alba, ya amanece,
Y que la Dama no llegue todavía. ■*

ASOCIACIÓN DE VETERANOS DE GUERRA DE MALVINAS



Veterano de guerra: asóciase

Si es Veterano, incorpórese como **Socio Activo**.
Si no lo es, apóyenos como **Socio Adherente**.

Informes: Asociación de Veteranos de Guerra de Malvinas
Av. Santa Fe 4815, piso 3, C1425BHK Buenos Aires. Tel, (011) 4776 6606
Correo electrónico: aveguema@ejercito.mil.ar